



José Fernando Serrano A.¹

Antropólogo, historiador. Investigador del Departamento de Investigaciones de la Universidad Central, Bogotá

Atreverse a hablar: la formación de la subjetividad homosexual moderna²

*“El homosexual del siglo XIX ha llegado a ser un personaje:
un pasado, una historia y una infancia, un carácter, una forma de vida;
asimismo una morfología, con una anatomía indiscreta
y quizás misteriosa fisiología”*

M. Foucault

Cada vez se va haciendo más difícil contar el número de textos que tienen esta famosa cita del primer volumen de la “Historia de la sexualidad” de Foucault como punto de partida para sus reflexiones en torno a la historia de la homosexualidad; incluso, el mismo texto aparece con frecuencia en las discusiones contemporáneas sobre género y sexualidad, siendo cita obligada en muchos de ellos. La obra misma de Foucault es piedra fundacional de las teorías que se cobijan bajo el manto del llamado “constructivismo”, de los estudios culturales y en más de un *reader* sobre estos temas se le dedican capítulos particulares.³

La importancia de tal planteamiento de Foucault sobre la creación de la “homosexualidad” a fines del siglo XIX está, no tanto en su cuestionamiento a la idea de una cierta Homosexualidad transhistórica y transcultural que se remontaría al mundo griego y recorrería toda la historia de occidente e incluso de otras culturas, sino en la búsqueda de una genealogía del discurso -como hizo con otros temas como

1 Email: <lestat7@tutopia.com>

2 Una versión preliminar de este texto titulada “Hirschfeld, la creación de la ‘homosexualidad’ y las contradicciones del existir” se presentó dentro del Ciclo de Conferencias “Otros cuerpos, otras sexualidades”, organizado por el Instituto Goethe en la Universidad Javeriana, durante la última semana de junio de 2001.

3 La compilación hecha por Medhurst y Munt (1997) como introducción a los Lesbian and Gay Studies en el contexto anglófono dedica un capítulo especial a Foucault en la misma categoría en que lo hace con el postmodernismo y el feminismo. Atención similar le prestan las y los teóricos contemporáneos del género y autoras como Judith Butler (1990) y en general todos los autores de la llamada Teoría Queer en su crítica deconstructiva a las identidades sexuales y en general a los modelos basados en categorías fijas para comprensión de lo cultural.



la locura y la clínica- para determinar las condiciones de su construcción cultural. En este ejercicio, Foucault señala el paso de los discursos canónicos y civiles centrados en la noción medieval de “sodomía” como un conjunto particular de actos, hacia la noción moderna y contemporánea de la “homosexualidad” con el surgimiento de la sexología y su pulsión por clasificar y especificar individuos, con “naturalezas” propias a tales condiciones.

Este texto es un ensayo de historia cultural que tiene por objeto ahondar en lo señalado por Foucault en el citado planteamiento mediante una indagación por los procesos a través de los cuales se fue conformando lo que podríamos llamar una “subjetividad homosexual moderna” desde finales del siglo XIX y a lo largo de buena parte del siglo XX; para ello centraré mi análisis en un conjunto de obras y discursos en apariencia dispares -medicina, literatura, fotografía- surgidos principalmente en los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX con miras a determinar las tensiones que conforman tal subjetividad.

Mi reflexión considera la modernidad, por una parte, básicamente como un proceso propio a lo que se entiende como la sociedad occidental y al papel que juega en ella el capitalismo, la relación estado/ciudadanía y el pensamiento racional -particularmente expresado en las ciencias y las tecnologías desarrolladas a fines del siglo XIX como nuevas legitimadoras de los órdenes sociales-; por otra parte, siguiendo a Plummer (1992) asocio la modernidad, y particularmente el momento cruce entre fines del siglo XIX y XX como un proceso de cambio e innovación, de replanteamiento de modos de comprensión del mundo. Con esto, quiero señalar las implicaciones que tuvo la creación de la homosexualidad en la configuración de las subjetividades modernas y contemporáneas -la idea de lo que somos como seres particulares- y sus asociaciones con las preguntas por la identidades, las cuestiones del cuerpo y la biología, los modos de expresión de los afectos, entre otros aspectos.

Además, entiendo a la subjetividad como la resultante -nunca acabada, nunca completa- de una serie de procesos socioculturales interdependientes por medio de los cuales se forma lo específico a un ser determinado; aquello que hace a un sujeto ser tal es entonces la relación entre el contexto del cual depende y la condición particularidad -relación dependencia/ autonomía en términos de Morin (1998)- por la cual aparece una idea del “yo soy”. La subjetividad, desde mi punto de vista, implica entonces no sólo las determinaciones contextuales y sus efectos en un individuo particular -la forma en que son apropiadas, por ejemplo- sino también la configuración de lo singular, de aquello que incluso lleva a la formación de una cierta sensibilidad.



Con este punto de partida organizo este texto en cuatro partes: en la primera amplió el señalado planteamiento de Foucault denominado el “modelo médico”; en la segunda, contrasto lo dicho con lo que llamo el “modelo romántico”; en la tercera complemento los dos puntos anteriores con una breve reflexión sobre el papel de capitalismo en la formación de la homosexualidad moderna y termino con unas reflexiones para el actual contexto colombiano. Es necesario señalar que no creo que el análisis de estos “modelos” tiene por sobre todo un sentido interpretativo y no pretende dar cuenta de la totalidad de las experiencias y sentimientos específicos de los sujetos en un momento determinado; como la creciente historia de los grupos socialmente excluidos muestra, los grandes relatos construidos desde los discursos del poder no son suficientes al momento de abordar lo particular. Queda pendiente entonces revisar los trabajos que con datos de archivos penales, diarios personales, correspondencia o fuentes artísticas se acercan a esas otras dimensiones de la subjetividad y que no trataré por ahora. Dado que por razones de delimitación de objeto me centraré en las cuestiones de la homosexualidad masculina principalmente, queda pendiente un revisión similar para el caso de la construcción del lesbianismo -el modelo médico que señalaré se aplicó en la misma medida para hombres y mujeres “desviados”-.

I. El modelo médico

Sin duda la reflexión en torno a la proliferación de discursos médicos sobre los comportamientos sexuales que se da a finales del siglo XIX es uno de los argumentos más aceptados actualmente al momento de hacer historia de la homosexualidad, por lo menos en lo que respecta a las llamadas perspectivas constructivistas.⁴ Como lo señala Foucault (1993) la naciente sexología propuso un modelo médico para dar cuenta de las sexualidades humanas, particularmente las de ciertos individuos considerados como desviados o perversos: los criminales, los deficientes mentales, los que atentan contra el “orden natural” de las cosas.

La sexología planteó además una nueva definición de los sujetos en la cual la biología y sus explicaciones “naturales” van a ser la base desde la que se originan los

4 No es el objeto de este texto abordar las discusiones en torno a la historia y “origen” de la homosexualidad que abundan en la literatura no sólo de corte social sobre el tema. Esta discusión originó una abundante reflexión sobre todo en los años ochenta por efectos de los trabajos iniciales de Weeks, McIntosh, Foucault y Boswell, cuyas posiciones eran entendidas como “constructivistas” y “esencialistas” por una parte y otra; Stein (1992) hace una compilación de tal debate, mostrando los límites y contradicciones internas a tales posiciones.



comportamientos sociales; así, la “aparición” de la categoría “homosexual”, en el momento en que se la caracterizó desde el punto de vista psicológico, psiquiátrico y médico se dio en un artículo de Westphal de 1870 sobre “sensaciones sexuales contrarias” para aludir a una cierta “especie” de individuos, a cierta cualidad de lo sexual (Foucault, 1993: 56-57). Siguiendo con este autor, el discurso médico desplazó a la teología heredada desde la época medieval como lógica desde la cual se explican los asuntos “desviados” de la norma e inició una “caza de las sexualidades periféricas”, una “medicalización de lo insólito” que riega de sexualidad todas las esferas de la vida y de los sujetos mismos.

Este planteamiento de Foucault, sin embargo, debe ser contemplado a la luz del estado de la investigación sobre el tema que circulaba por el momento -la primera edición francesa es de 1976- en buena medida apenas incipiente y por ello limitada en sus alcances, y de los objetivos mismos de tal obra, que no eran principalmente hacia la historia de la homosexualidad en particular sino a determinar las relaciones saber/poder que controlan los placeres, los cuerpos y los comportamientos sexuales en general. El incremento de las investigaciones históricas sobre las homosexualidades -más sobre las masculinas que sobre las femeninas- a lo largo de los ochenta permite ahondar en el planteamiento germinal de Foucault, sobre todo en lo que se refiere al llamado modelo médico y en otros aspectos más.

La proliferación de los discursos sobre la sexualidad, propia a las sociedades europeas de fines del XIX, tuvo su punto de partida en la inquietud por las llamadas “inversiones sexuales” -tanto femeninas como masculinas-, que con el tiempo fueron siendo asociadas principalmente con la “homosexualidad” -principalmente masculina- pero que en sus inicios aludían a un conjunto más amplio de situaciones y no sólo a la elección del sujeto de deseo. Del mismo modo, el paso del modelo teológico al médico fue gradual y no correspondió necesariamente a una lógica evolutiva ni excluyente; las explicaciones médicas, morales y biológicas de los comportamientos sexuales “normales” y “desviados” convivieron -y aún conviven- mezclándose, aliándose o excluyéndose de acuerdo con situaciones muy variadas.⁵

5 Lo que tenemos que considerar entonces es la importancia que va a tener la sexualidad -no sólo el sexo ni el género- en la conformación de las sociedades actuales. De manera particular, la comprensión del deseo como “homo-heterosexual” no ha sido siempre el factor definitorio de la sexualidad y la subjetividad como lo es hoy; basta señalar la extensa bibliografía sobre la sociedad griega, así como se podría citar las sociedades medievales, las americanas coloniales e incluso las de los primeros años del XIX.



La abundancia de publicaciones sobre las desviaciones sexuales que empiezan a aparecer tanto en el norte de Europa como en los Estados Unidos por la época -el primer artículo sobre “inversión sexual” se publicó en Alemania en 1869 (Katz, 1996)-⁶ va conformando una lógica en la cual lo que preocupa a los primeros sexólogos es la “inversión” en los lugares que el pensamiento de la época considera fijos: para el pensamiento victoriano que veía a la mujer como carente de deseo carnal mientras el hombre era el sujeto de éste, una mujer que expresara su deseo -hacia una persona de otro o de su mismo sexo- era ya de por sí un ser masculinizado; de la misma forma, un hombre que desea a otro tiene una serie de rasgos que dan cuenta de su condición de invertido: la forma en que se viste es “demasiado” delicada, su cuerpo es particularmente débil, tiene gustos hogareños o habla afectadamente; esta lógica se usó incluso para atacar al movimiento de mujeres pues su condición “activa” al exigir sus derechos se consideraba precisamente una “inversión” patológica (Chauncey, 1985).

Ya hacia fines del XIX Havelock Ellis, a medio camino entre la sexología, la divulgación y la reforma sexual, desarrolló aún más la noción inicial de la inversión sexual -si se quiere un poco mecánica al principio- integrando al análisis a las parejas de tales seres invertidos; así, se observó que una mujer invertida -particularmente masculinizada- tenía como pareja a otra con una “cierta inclinación a las mujeres” pero más “femenina” -pasiva- en su condición y que representaba en ese sentido algo diferente con respecto a la primera (Chauncey, 1985: 94).

Teniendo en cuenta que la primacía del modelo médico sobre el teológico en la explicación de las desviaciones se daba en la condición biológica de sus causas y expresiones, a fines del XIX el asunto de la inversión ya no sólo se ve como cuestión de roles genéricos sino además como condiciones corporales -las o los invertidos como hermafroditas o “bisexuales”- entendidos estos últimos como la presencia de dos sexos en un mismo individuo (Chauncey, 1985: 100). Esta condición dual -más que todo psicológica- ya venía siendo planteada desde la década de 1860 por el alemán K. H. Ulrichs (1825-1895) quien centró su análisis de los perversos en el uranista (término acuñado en 1862 para dar cuenta de las personas que se sentían atraídas erótica y sexualmente por seres de su mismo sexo). Inquietud que alcanzó

6 En 1871 el término original de Westphal *Die Conträre Sexualempfindung* aparece en un artículo publicado en Londres como *inverted sexual proclivity*, para luego pasar al italiano como *inversione sessuale* y quedar como *sexual inversion* en la versión de 1897 del texto de Havelock Ellis sobre el mismo tema.



su máximo punto en sus “*Estudios sociales y jurídicos sobre el enigma del amor entre hombres*” (publicado en 1864) donde se propone la idea de un tercer sexo como la razón de la existencia de tales “uranistas”.

Sin embargo, la aparición de “el homosexual” surge no solo como una cuestión de discursos sexológicos: es también una estrategia política en la medida en que quien acuña el término -Benkert, en Alemania hacia 1869- lo hace para solicitar la abolición de la penalización a tales comportamientos.⁷ Benkert y sus seguidores van a usar los argumentos de la naturalidad, la universalidad y la transhistoriedad de la “homosexualidad” como razones que -validadas por las nascentes ciencias- no sólo dan cuenta de la existencia de “los homosexuales” como personas concretas sino además justifican su legitimidad como ciudadanos con derechos. Es aquí, a mi modo de ver, donde se conforma la particularidad de la homosexualidad moderna, no sólo a modo de determinación externa hecha desde el discurso médico clasificador -como señala Foucault- sino como un acto performativo⁸ en el cual la enunciación “somos homosexuales/tenemos derecho a existir como tales” permite la aparición del sujeto mismo.⁹ Enunciación que si bien pudo tomar como base el discurso médico, no se reduce a él, sobre todo en el momento en que es apropiado por los sujetos para hablar de sí mismos y se cruza con otros elementos más que veremos en la segunda parte de este artículo.

- 7 Tanto los términos “homosexualidad” como “heterosexualidad” parecen haber sido acuñados en Alemania en 1868 por Karl Maria Kertbeny, sinónimo de Benkert, en una carta a Karl Ulrich, ambos reformadores sexuales que luchaban por la abolición de la penalización de los comportamientos sexuales entre hombres -en el contexto los comportamientos sexuales entre mujeres eran penalizados desde el orden civil aunque sin duda eran negados o despreciados desde otros puntos de vista-. El primer uso público del término heterosexualidad se hizo en Alemania en 1880 y luego -1889- en la cuarta edición alemana del libro de Kraft Ebing *Psychopatia Sexualis*. Los primeros usos de la palabra “heterosexual” en los Estados Unidos datan de 1892 y tuvieron una connotación perversa incluso hasta 1920 Katz (1996). Resulta algo irónico pensar que fue la aparición de la “homosexualidad” como categoría sexológica la que llevó a la necesidad de la enunciación de la “heterosexualidad” aunque viendo con más detalle el proceso lo que resulta es que la definición de la desviación lleva a develar la norma y las lógicas que le subyacen.
- 8 La noción de performatividad la tomo de los trabajos de Sedgwick (1990,1999) para aludir a los actos de habla que conforman realidades, en este caso, subjetividades. Resulta de particular importancia el análisis que ella hace del papel de la vergüenza en la conformación de la homosexualidad, pues lo homosexual se hace tal por la realización del repudio en el acto de lenguaje (1999).
- 9 No puedo dejar de señalar la importancia de esto para la definición de la subjetividad, sobre todo desde la perspectiva de Morin -que por cierto está refiriéndose en su texto a los sistemas vivos en general- cuando habla de la condición autopoietica de los sujetos: el sujeto aparece no sólo en el acto de hacerse finalidad de sí mismo sino cuando se constituye su propia identidad (1998:74).



Tal vez es en la vida y obra de M. Hirschfeld (1868-1935) donde se hace más clara esta condición de la “homosexualidad”, desarrollada por los pioneros del movimiento de liberación homosexual, como son considerados en el texto clásico de Lauritsen y Thorstad (1974). Con la idea de *A la justicia por la ciencia* Hirschfeld inicia toda una serie de acciones, dentro del discurso sexológico, que expresan lo que sería la agenda política de muchos de los movimientos de liberación homosexual actual: despenalizar, publicitar y organizar. Con la creación del *Comité Científico y Humanitario* (1897) y la publicación del *Anuario para tipos Sexuales Intermedios* (1899-1923) Hirschfeld no sólo encarnó la nueva condición “homosexual” sino que también se hizo pionero de la cuestión “gay” como una identidad y una subjetividad política, en la manera en que se iba a desarrollar por los movimientos libertarios de la posguerra -y que son los que conocemos actualmente como la “condición homosexual”- masculina, principalmente.¹⁰

Sin duda esta preocupación por las “inversiones”, los caracteres “intermedios”, y “degenerados”, como cambio de posiciones de sujeto iba acompañada de otra más y era el carácter no procreativo de muchos de tales comportamientos -preocupación fundamental para el capitalismo de la época y la expansión colonial en los Estados Unidos, como lo señala Katz- (1996). Por eso resultaba tan preocupante en estos primeros discursos no solo la elección de un sujeto de deseo del mismo sexo, sino también todo comportamiento excesivo, como el “heterosexual” mismo -es interesante señalar que los primeros usos de la noción estaban asociados a un exceso de sexualidad, como el fetichismo, por ejemplo y sólo más tarde, ya en las primeras décadas del siglo XX la “heterosexualidad” se referirá al “instinto sexual procreativo, sexualmente diferenciado y erotizado”- (Katz, 1996). Finalmente, va a ser con Freud y el psicoanálisis donde se va a consolidar y divulgar más claramente el

10 El caso de estos pioneros del movimiento de liberación homosexual es particular para entender los procesos de subjetivación que intento revisar aquí. Cual fue el impacto de sus teorías y las de otros en sus propias vivencias e identidades? Cómo usaron sus experiencias vitales en sus teorías? De qué forma influyó el modelo más amplio aquí estudiado en la conformación de su narrativas y biografías personales considerando que a diferencia de otros sujetos ellos sí accedieron a él? Uno de los aspectos a considerar tiene que ver con la cuestión de la condición natural y congénita de la condición homosexual. Sin duda este argumento debió tener mucho valor para la construcción de la propia identidad en un contexto hostil como el que les correspondió y fue uno de sus mejores argumentos en la lucha por los derechos. Irónicamente, este argumento favorecía también las acciones de los médicos y psiquiatras que encontraban allí también el argumento para legitimar sus tratamientos. Queda a su vez por determinar el impacto que estos discursos tuvieron en otras personas con deseos similares e incluso los otros modelos que se vivieron paralelamente a éstos.



modelo polar hetero/homosexual, que se venía bosquejando en los primeros sexólogos y que sin duda termina de consolidar un tipo de subjetividad que no sólo es/tiene género y sexo, sino además que define el sujeto de su deseo -desde su propia ubicación en el sistema-.

Tres aspectos se pueden considerar, de acuerdo con Chauncey (1985) y Katz (1996) para explicar este interés por las sexualidades perversas, además de la creciente importancia del discurso médico, ya señalada por Foucault: a) el desafío generado por la insatisfacción de los movimientos de mujeres con el modelo de sexualidad y sociedad impuesto, b) el creciente desarrollo de subculturas de hombres y mujeres homosexuales en las principales ciudades americanas y c) la consecuente definición de la condición “heterosexual” que implicaba la afirmación de la “homosexualidad”, explicada de por sí por su condición perversa. Con respecto a las dos primeras ideas, propuestas por Chauncey, una explica como finalmente tras los estudios de los primeros sexólogos -hombres heterosexuales muchos de ellos- se expresaban los miedos que a cierto modelo de masculinidad generaban los cambios vividos por las mujeres como efecto de los primeros movimientos feministas; en esto sin embargo, habría que mirar otros factores -principalmente las repercusiones del capitalismo en la composición familiar, el ingreso creciente de la mano de obra femenina a la producción y los ajustes que el sistema fabril requería en la vida urbana con sus consecuentes efectos en la salud pública-¹¹ como también parte de este recurso a la determinación de la perversión y las acciones sobre ella.

Con respecto al segundo aspecto, el planteamiento de Chauncey se queda corto no sólo en cuanto a geografía sino a cronología: la presencia de “subculturas masculinas gays” como las llama el autor si bien ponía en duda el modelo de masculinidad hegemónica propio a la época y que por ende podría acusarse de causa de las perversiones sexuales, es más antigua de lo que el autor supone -en Europa se puede remontar al siglo XVII- y tuvo incluso repercusiones en el Nuevo Mundo (Gruzinski, 1985). En este sentido habría que indagar qué es lo particular de dicha presencia en tal momento de finales del XIX y de auge de la sexología pues su sola presencia no sería suficiente para justificar la atención que le presta tal discurso, como sí señala el autor (1985: 118).

11 Gerard y Hekma (1989) presentan una serie de ensayos en los cuales se hace evidente la importancia que toma el control de los comportamientos como parte de una política de salud pública durante la Ilustración; el control de la natalidad, la educación de los niños, la prostitución y los comportamientos “desviados” -la sodomía, particularmente- son objetos de atención de las nacientes política de salud, asumidas como parte de las obligaciones del estado.

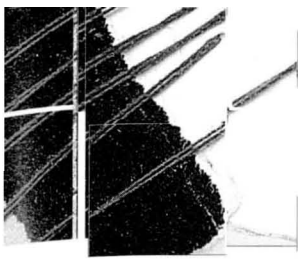


Otro asunto es la cuestión de la creación de la “heterosexualidad”. Mientras los discursos sobre la desviación, la inversión o las sexualidades intermedias tenían relativamente claro el lugar desde el cual enunciaban la diferencia del Otro/a, definir la heterosexualidad resultaba más complejo y es así como los inicios del siglo XX van a ver el despliegue de toda una serie de estrategias para crear la “mística heterosexual” (como dice Katz, 1996). La creciente expansión de los medios masivos de comunicación y la configuración de nuevas culturas populares -la publicidad, las revistas y diarios, entre otros- van a vehicular los discursos de sacerdotes, divulgadores científicos, consejeros de familia, psicólogos y psicoanalistas, centrados en hacer evidente la “condición natural” y provechosa de lo heterosexual, en nuevos modelos de intimidad, mutualidad y erotismo que debían luchar, con la amenaza de las sexualidades perversas -creciente y contagiosa a pesar de que la medicina intentara hacer lo mejor por controlarla- y el rechazo a lo carnal que venía heredado de la época victoriana (Katz, 1996) -particularmente con la condición sexual de la mujer- (Chaucey, 1985)¹² con su consecuente efecto en la aparición de nuevas relaciones con el cuerpo, nuevas dietéticas, estéticas y formas de *ciudadado de si* -para parafrasear a Foucault. Irónicamente, la creación de la perversión impulsó a quien nombraba, a hacer evidentes crear su propia condición de enunciación- otra vez hay que mencionar a Freud como el punto clave de este acto de creación y normalización del deseo y de los sujetos.¹³

El cambio de lugar del sujeto expresado en las “desviaciones” o “inversiones sexuales” en el mencionado esquema, junto con la pulsión procreadora propia al “instinto sexual” heterosexual forman así una lógica “hidráulica” centrada en la oposición y polaridad de los elementos que dan cuenta de la condición de unidad contenida, sexuada y genérica de los individuos modernos: a más de una cosa, menos de la otra -las simultaneidades o el cambio de posiciones son para este esquemas las patologías que la ciencia médica va a tratar inicialmente, sobre todo por su

12 Pasamos entonces de la asexuada y puritana mujer victoriana a la joven compulsivamente heterosexual y sexualmente precoz del psicoanálisis y la cultura popular -recordemos las primeras imágenes eróticas del *pin up* cuya cumbre será Marilyn Monroe- profundamente marcadas por el rechazo a las relaciones erótico afectivas entre mujeres, que pueden verse a su vez como una arremetida desde la cultura de masas -masculina, heterosexual- contra los movimientos feministas.

13 Sería iluso y no es mi objetivo pretender negar que antes no existiera una pulsión social por hacer legítimos ciertos comportamientos sexuales, que hoy vemos como patriarcales, heterosexuales y masculinos; lo que quiero más bien es llamar la atención sobre la condición cambiante e histórica de tales situaciones, lo cual sin duda es altamente importante al momento de pensar en las posibilidades del cambio social.



condición encarnada-. Así, el tema de la “elección” del sujeto de deseo cobra una vital importancia que antes no era evidente y vuelca hacia sí el foco de atención de las miradas médicas. Así, estas primeras explicaciones del comportamiento sexual tuvieron su efecto en la polarización del deseo y el género en un esquema de sujeto cerrado y marcado por un juego de asociaciones en donde sexo, género y deseo constituyen las piezas claves para la creación de los sujetos -tanto los normales como los desviados- (Butler, 1990).

II. El modelo romántico

A mi modo de ver, sin embargo, no es suficiente la explicación surgida del modelo médico para dar cuenta del surgimiento de la homosexualidad moderna, ni siquiera con la ampliación del planteamiento inicial de Foucault dentro del discurso sexológico y la indagación por la creación de la “heterosexualidad”. Propongo complementar esta idea con lo que llamo el *modelo romántico* que agrega una serie de elementos para entender la singularidad, la sensibilidad y el homoerotismo dentro de la cuestión homosexual, como parte fundamental de tal subjetividad.

Las fuentes de tal modelo romántico las hallo en una serie de expresiones artísticas y culturales diversas, desarrolladas principalmente por hombres nacidos en la segunda parte del siglo XIX en Europa -principalmente en Inglaterra, Francia, Alemania- y en Estados Unidos y que combinaban experiencias vitales muy diversas; algunos de ellos compartieron momentos juntos, citaron sus respectivas obras, hicieron los mismos recorridos o mantuvieron correspondencias frecuentes; sus trabajos cruzan el clasicismo victoriano, las nuevas geografías coloniales de lo exótico y lo primigenio -el mediterráneo y el norte de África-, la literatura romántica y el socialismo utópico, entre otros aspectos.

Para comprender la importancia que le doy a estas obras hay que tener en cuenta no sólo las condiciones de sus autores, ni los contenidos de sus obras sino los públicos que estaban creando, las miradas que iban convocando los otros a quienes imaginaban en sus trabajos. En esta medida el modelo romántico va conformando una cierta sensibilidad, una cierta estética asociada a, o expresión de, la condición homosexual masculina, no sólo caracterizada por el tipo de afecto sino por las condiciones en que éste se desarrolla -lo marginal por efecto del rechazo y el repudio, que hicieron por muchos años de lo homosexual, lo abyecto-.

Un primer grupo de estas fuentes del modelo romántico lo ubico en el contexto cultural del neoclasicismo de fines del XIX con su idealización de lo griego de



manera particular y lo antiguo de manera general; es la época de la ampliación de las grandes colecciones de arte antiguo de los principales museos europeos, del retorno a los clásicos con su consecuente efecto en las imágenes de cuerpo, en los ideales estéticos y en la configuración de unas geografías de lo exótico y lo bucólico favorecidas por la situación colonial. Siguiendo a Reyero (1999) podemos decir que ya desde la Ilustración, con su obsesión por el Orden natural y la racionalidad, se venía configurando una particular condición de lo masculino, expresada en nuevas imágenes de hombre, de virilidad y belleza masculina decimonónica -especial atención merece el desnudo que parece hecho para ser admirada su idealización estética pero no para ser deseado por sí mismo-. La polaridad entre lo masculino y lo femenino, la condición del hombre como sujeto de deseo, como padre de familia -por ende procreador y heterosexual- a que me referí antes para el modelo médico también se plasmó en las representaciones artísticas del XIX.

En este contexto ubica también los escritos de ingleses como J. A. Symonds -autor de *“Un problema de la Etica griega o el fenómeno de la inversión homosexual”*-, R. Burton (1821-1890), orientalista, traductor y autor del *“Epílogo a las Mil y una noches”* -un ensayo sobre la presencia transcultural de las relaciones homosexuales y las artes sexuales “exóticas”, publicado en 1885 con un apéndice del mismo Symonds- y las obras de una serie de fotógrafos dedicados a recrear un cierto imaginario de la Grecia antigua y volverlo un icono de belleza, corporalidad y deseo -la obra de W. Von Gloeden (1856-1931)- o Guglielmo Plüschow -pariente del anterior- o los italianos Vincenzo Galdi y A. Calavas, por ejemplo.

La cuestión de lo griego fue sin duda uno de los mejores argumentos, no sólo políticos sino estéticos, para la configuración de la subjetividad homosexual moderna por su importancia en cuanto legitimadora en la obra de los reformadores sexuales, de la validez de la experiencia erótica entre hombres y permitió además un cierto culto a la belleza clásica que fue productivamente aprovechado por personajes como los mencionados fotógrafos -algunos de ellos homosexuales reconocidos- que encontraron en las islas del mediterráneo un contexto cultural más abierto para ciertos comportamientos homoeróticos así como el escenario adecuado para representar su trabajo. Recordemos además que las islas griegas e Italia eran parte de los recorridos privilegiados de las élites europeas y aparecen en otras obras con temática homoerótica, como *Maurice* de Forster, de la que hablaré luego; Oscar Wilde figuró entre los libros de visitas de Von Gloeden y parece ya claro que sus trabajos circulaban entre las cada vez más concientes redes sociales de homosexuales en las grandes ciudades europeas.



En el caso de los fotógrafos mencionados el recurso a la Arcadia Utópica y al ideal griego permitía legitimar una serie de desnudos masculinos y de alusiones eróticas que en muchos casos resaltaban explícitamente la genitalidad de los modelos en un exceso de naturalidad poco común a la época, y que contradictoriamente hacía de los modelos algo más cercanos a su condición real de pastores de cabras y menos al ideal de efebos de la Grecia Clásica. Sin duda, el pasado griego, interpretado como paraíso de los amores masculinos por parte del imaginario homosocial de la época y desexualizado por la censura victoriana (Lewis, 1985), permitía la realización -al menos imaginaria- de una afectividad homosocial fuertemente dirigida a los jóvenes, que en los fotógrafos citados se realizaba con adolescentes de una condición social y cultural diferente a la de quien producía la imagen y quien la consumía.

Un segundo grupo de trabajos en torno a este modelo romántico está conformado por las obras de divulgadores como E. Carpenter (1844-1929) quien retoma las ideas del tercer sexo y el sexo intermedio de los sexólogos para divulgarlas junto con la obra del poeta norteamericano Walt Whitman, en un imaginario que une las ideas del socialismo utópico, la camaradería y la virilidad. La obra de Whitman se convirtió en otro aporte fundamental a la subjetividad homosexual que en esa época y aún hoy sigue siendo reconocida en muchas obras dedicadas a mostrar la especificidad del deseo homosexual masculino;¹⁴ incluso en la Generación Beat y la obra de Allen Ginsberg se le da un lugar particular por su exaltación de los vínculos homosociales, la naturaleza y cierto panteísmo propio al contexto vitalista en el cual escribió.

Un tercer grupo -realmente muy diferente entre sí, excepto por su condición de escritores- lo conforman E.M. Forster (1879-1970), particularmente con su obra *Maurice* escrita entre 1913 y 1914, pero publicada en 1971, Oscar Wilde (1854-1900), con su vida misma como obra estética, y los franceses André Gide, Marcel Proust y Jean Genet. De diferentes modos estos autores, van configurando en sus obras -y vidas- no sólo los inicios de cierta singularidad homosexual marcada por la dificultad en la satisfacción del deseo, el rechazo social, el secreto que se hace

14 En la compilación de artículos sobre homosexualidad, literatura y política publicada por Boyers en 1982, en Inglaterra, se le dedica un capítulo, así como en otra de carácter completamente opuesto, publicada por Thompson (1987) y dedicada a resaltar los mitos y la espiritualidad homosexual masculina. Igualmente aparece Whitman en el ensayo de Lauritsen y Thorstad (1974) sobre los pioneros de la lucha por los derechos de los homosexuales y también se le puede encontrar en las compilaciones de bibliografías de "ilustres homosexuales" e incluso complementado colecciones fotográficas actuales.



público con sus consecuentes efectos sociales y la búsqueda de complementación en lo diferente -los jóvenes, las clases populares, los bandidos, el mundo de la calle y la transgresión- sino incluso las bases de la subjetividad moderna, marcada por el individualismo, el narcisismo y la lucha por la satisfacción de los deseos.

Todos ellos resultan marginales y transgresores al mismo tiempo, en parte por la misma atracción por lo prohibido: la contemplación de las cosas desde sus límites y reversos en la obra de Proust (Alter, 1985), el alejamiento de la norma, el desprecio a la burguesía y la desintegración del orden moral en Genet (Nachman, 1985; Millot, 1998), la desobediencia, los deseos y estéticas transgresores, el arte como crítica en Wilde (Dollimore, 1993), la emancipación social mediante la liberación sexual del protagonista de *Maurice* (Fernández, 1992). Pero a su vez fueron también contradictorios por sus propias condiciones de vida, lo cual confirma su condición *perversa* como lo plantea Millot (1998) a manera de erotización de las pulsiones de vida y muerte, resuelta en el acto creativo, en las experiencias estéticas que le dieron la condición particular a sus vidas y obras.

Sin duda podríamos rastrear la prolongación y presencia de este imaginario a lo largo del siglo XX en el individualismo que recorre la época y que llevará al “rebelde sin causa” o las generaciones de jóvenes desarraigados, agrupados al margen de lo social y por ello ex/cesivos, ex/céntricos y ex/táticos. Fernández (1992) habla de una “cultura homosexual” posterior a 1869 marcada por la marginación de sus miembros, la clandestinidad, la vergüenza pero también la reivindicación y que se resuelve en la obra de arte y en la creación de cierta solidaridad secreta; “cultura” que para este autor termina en 1968, cuando la diferencia se pone de moda, se vuelve económicamente rentable y lo clandestino se vuelve objeto de políticas integracionistas. Pero podríamos también datar en ellos, sobre todo en la estética transgresora de Wilde y en la exageración de feminidad y el acto travesti propuestos por Genet -ex/travagancia de aquello con lo que se insulta a los homosexuales- estrategias de tipo *camp*¹⁵ reforzadas luego por los Beats con sus actos paródicos y la burla de la polaridad homo/heterosexualidad mediante un exceso de lo corporal (Stimpson, 1985) y retomadas luego por buena parte de las culturas homosexuales -sobre todo las masculinas- a partir de los años cincuenta.

15 El *camp* es una estrategia cultural que recurriendo a la parodia, la estética *kitsh* y los elementos de las culturas de medios masivos de comunicación muestra el carácter impuesto del género (Amicola, 2000). En otros términos son actos *camp* las estéticas homosexuales asociadas al divismo, al humor negro, lo extravagante y a la satirización del otro/otra mediante el lenguaje.



III. La clave: Géneros, identidades sexuales y capitalismo

Los planteamientos anteriores no son sino una parte del proceso de conformación de la subjetividad homosexual moderna. Es necesario tener en cuenta que para la conformación de dicha homosexualidad se requirió de un contexto social particular, marcado por la aparición de la economía salarial, el crecimiento urbano-industrial y la autonomía individual producto de la nueva forma de valoración de la mano de obra resultado de la independencia -parcial y relativa- generada por la venta de mano de obra propia a dicha economía. Habría que mirar, entonces, no sólo como se da la construcción social de la sexualidad sino también las implicaciones de tales nuevas experiencias de lo subjetivo en la construcción sexual de la sociedad, como lo señala bien Connell (1999).

Como ya dije, la expansión del capital durante el siglo XIX afectó el lugar de la familia como unidad de producción autónoma a la manera en que funcionaban en las sociedades del llamado “antiguo régimen”, en primera instancia por los movimientos de población necesarios para la nueva economía fabril; el capital afecta la autosuficiencia de la unidad familiar al implicar movilizaciones entre sus miembros -inicialmente los hombres y los jóvenes pero luego también a las mujeres- pero no necesariamente elimina su interdependencia, que sigue siendo garantizada por el ideal de familia. El salario creó tanto un nuevo tipo de masculinidad -el “hombre trabajador”-¹⁶ como de feminidad -la “mujer ama de casa”-¹⁷ que volvió la familia un nuevo ideal de realización personal. La pareja, la intimidad, la vida de hogar, se convirtieron en los nuevos beneficios obtenidos de esta nueva forma de familia que además se vio favorecida por una reconfiguración de las biografías personales -la aparición de la juventud como moratoria social y de un modelo evolutivo y lineal de desarrollo de los sujetos con la vida adulta y de pareja como

16 A este respecto sería interesante rastrear los impactos de esta idea en la conformación de ciertas masculinidades y relaciones con el cuerpo, no sólo de los trabajadores como tales sino de otros hombres en general. Me parece que la aparición del fisicoculturismo hace evidente esta idea del hombre que se hace a sí mismo, no sólo mediante el trabajo manual como tal sino en la acción sobre sí; recordemos además que la aparición de este y otros deportes implicó toda una nueva serie de dietéticas y formas de organización del tiempo libre y de los espacios homosociales que sin duda alteró los tipos de masculinidad del momento.

17 Basta recordar la importancia creciente que la vida de hogar, los electrodomésticos, la puericultura y toda una serie de prácticas más tienen en los modelos de mujer que se desarrollan a fines del XIX e inicios del XX, sobre todo en la forma en que se les representa en los medios, las revistas de divulgación, entre otros.



ideal- junto con la aparición de la sociedad de consumo, propia al capitalismo moderno y contemporáneo.

Así, cambia también el significado de la sexualidad dentro del matrimonio pues se le empieza a asociar con la cuestión del placer y la mutualidad del vínculo, lo cual, como ya vimos no deja de ser aspecto difícil de tratar. Lo que nos vamos a encontrar, entonces, es que el capitalismo de fines del siglo XIX permite la aparición -pues la necesita- de una nueva identidad subjetiva, en la cual sin duda el modelo médico tuvo su lugar al reorganizar la vida personal y las biografías de los sujetos. La creación de la homosexualidad -y por ende de la heterosexualidad y la bisexualidad- hizo posible, entonces, que las personas pudieran definirse a sí mismo/as por su vida erótica lo que es tal vez una de las principales características de las identidades sexuales modernas.

Por otra parte, la economía salarial permitió la aparición de sectores de población urbana cada vez más amplios -inicialmente masculinos- capaces de producir sus condiciones materiales de existencia por fuera del núcleo familiar y que sin duda favorecieron el crecimiento, desarrollo y estabilización de las comunidades de personas que iban formando una identidad en torno a la definición de sus sujetos de deseo y sus sexualidades, particularmente en las principales ciudades de los Estados Unidos (D'Emilio, 1993). Sin duda, el planteamiento de este autor hecho en los primeros años de la década de los ochenta implicaba un aporte significativo a la discusión sobre el tema en la medida en que des-psicologizaba la pregunta por las identidades y la ubicaba en un contexto más amplio, particularmente el de las sociedades capitalistas. Esto no quiere decir que en otros sistemas sociales no se dieran procesos de formación de identidades homosexuales pero sin duda debieron tener otros cursos, entre otras razones por la cuestión misma de la noción de individuo que les subyacía. Las investigaciones transculturales más recientes muestran en todo caso que si bien experiencias eróticas entre personas del mismo sexo se dan en sociedades muy diversas y comprendidas dentro de marcos simbólicos muy variados, sólo es en las sociedades capitalistas modernas donde la determinación del/los sujeto/s de deseo se convierte en factor confirmador de identidades, tanto individuales como colectivas.

Conclusión

Quisiera terminar este artículo señalando los sentidos con que lo elaboré. No sólo me anima la importancia intrínseca al desarrollo del tema y a la pregunta histórica que le subyace. Hay también en este texto, construido desde la lógica



genealógica de Foucault una búsqueda por señalar las tramas profundas con las que se elaboran nuestras nociones contemporáneas de lo que somos como seres particulares, con unas condiciones genéricas, sexuales y eróticas, que son además fuertemente políticas. El panorama que tracé pretende dar pistas sobre la aparición de unas biopolíticas (Heller, 1995) de los deseos y los cuerpos que están aún presentes en nuestras sociedades y que inciden de manera directa en nuestras vidas, tanto en nuestra condición singular como subjetiva, de maneras tan precisas como la permanencia de formas de negación, exclusión e invisibilización. No podemos olvidar que la afirmación de la diferencia hecha ya desde los pioneros movimientos de liberación homosexual a fines del siglo XIX se hizo con base en la aparición de actos de nombramiento que permitían a los sujetos nuevas expresiones de lo erótico y lo sensitivo.

La creación de la homosexualidad, la heterosexualidad y la bisexualidad con sus efectos en las identidades si bien permitió un nuevo acto de nombramiento y una reconfiguración de las subjetividades, tomando como base el deseo, implicó sin embargo, el recurso a una lógica polar y dicotómica de los géneros y las sexualidades que terminó encausando la multiplicidad de la experiencia erótica y reduciendo las diversidades. Se da así una contradicción en la existencia de las subjetividades definidas desde sus sujetos de deseo en la medida en que la lógica que permitió su visibilización representa también su propio encasillamiento y que ha sido señalada también para otros movimientos sociales como el feminismo (Butler, 1990; Sedgwick, 1990; Jagose, 1996).

¿Qué visibilizan los movimientos por la identidad? ¿Cómo enuncian sus diferencias? ¿Cuales subjetividades se constituyen en estos actos de enunciación? ¿Cómo se convierten en estrategias y agendas políticas en contextos culturales particulares? ¿De qué forma resolver -si es que es posible o tiene sentido hacerlo- la tensión entre la afirmación de la diferencia y la reificación de sus condiciones de exclusión? ¿De qué forma asumir la existencia de subjetividades nómadas, fluidas, pero a su vez susceptibles de incidencia política? Son algunas de las preguntas que me surgen al final de este texto y que quisiera proponer a las discusiones actuales sobre las identidades, en un contexto como el nuestro donde, en medio de las violencias como formas de resolver nuestros conflictos, se va haciendo cada vez más común hablar de lo multicultural y lo diverso. Sin duda, cuando el "*amor que no osa decir su nombre*" se atrevió a hablar se inició un proceso complejo de reconfiguración de lo que somos hoy como sujetos particulares; aún sin embargo no hemos asumido las consecuencias de tal acto. ♦



Bibliografía

- ABELOVE, Henry, et al., *The lesbian and gay studies reader*, Routledge, London, 1993.
- BERSANI, Leo, *Homos*, Buenos Aires, Manantial, 1998.
- BLACKWOOD, Evelyn, *Anthropology and homosexual behavior*, Binghamton, The Haworth Press, 1985.
- BUTLER, Judith, *Gender trouble. Feminism and the subversion of identity*, New York, Routledge, 1990.
- BUXÁN Bran, Xosé M., (Comp.) *ConCiencia de un singular deseo*, Estudios lesbianos y gays en el estado Español, Barcelona, Laertes, 1997.
- CONNELL, Robert and DOWSETT, G., "The unclean motion of the generative parts: frameworks in Western thought on sexuality" en PARKER, R. and AGGLETON, P. (eds.) *Culture, society and sexuality. A reader*, London, UCL Press, 1999.
- D' EMILIO, Jhon, "Capitalism and gay identity" en ABELOVE, Henry, et al., *The lesbian and gay studies reader*, Routledge, London, 1993.
- DOLLIMORE, Jonathan, "Subjectivity and transgression in Wilde and Gide" en ABELOVE, Henry, et al., *The lesbian and gay studies reader*, Routledge, London, 1993.
- FERNÁNDEZ, Dominique, *El rapto de Ganimedes*, Madrid, Tecnos, 1992.
- FOUCAULT, Michel, *Historia de la sexualidad. I. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1993 (original de 1977).
- _____, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI Editores, 1993.
- GERARD, Kent y HEKMA, Gert (editores) *The pursuit of sodomy: Male homosexuality in renaissance and enlightenment Europe*, NY, Harrington Park Press, 1989.
- GRUZINSKI, Serge, "Las cenizas del deseo" en ORTEGA, Sergio (ed.) *De la Santidad a la perversión*, México, 1985.
- HELLER, Agnes, *Biopolítica de la modernidad y la liberación del cuerpo*, Roma, Península, 1995.
- JAGOSE, Annamari, *Queer Theory. An introduction*, New York University Press, New York, 1996.
- MAROTTA, Toby, *The politics of homosexuality. How lesbians and Gay men have made themselves a political and social force in modern America*, Boston, Houghton Mifflin Company, 1981.
- MARTEL, Frederic, *Le rose et le noir. Les homosexuels en France depuis 1968*, Paris, Editions du Seuil, 2000.
- MEDHURST, A. and MUNT, S. (ed.) *Lesbian and gay studies. A critical introduction*, London, Cassell, 1997.
- PLUMER, Ken (ed.) *Modern homosexualities*, London, Routledge, 1993.
- SEDGWICK, Eve Kosofsky, *Epistemology of the closet*, University of California Press, 1990.
- _____, "Performatividad queer" en *Nómadas*, No. 10, abril de 1999, Santafé de Bogotá, Departamento de Investigaciones, Universidad Central.
- SERRANO, José Fernando, "Las contradicciones del existir. Discusiones en torno a las identidades homosexuales" en *Revista Nova et Vetera*, junio de 1999, Santafé de Bogotá, Escuela Superior de Administración Pública.
- SIMPSON, Mark, *Anti-gay*, London, Cassell, 1999.
- STEIN, Edward, *Forms of desire. Sexual orientation and the social constructionist controversy*, New York, Routledge, 1992.
- THOMPSON, Mark, *Gay Spirit: myth and meaning*, New York, St. Martin's Press, 1987.
- VV.AA.; *Debate Feminista*, Año 8, Vol. 16, octubre 1997.
- WEEKS, Jeffrey, *Sexualidad*, México, Paidós, 1998.

**UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA**

Facultad de
Ciencias Humanas

Estudios de Género

INVESTIGACIÓN Y EXTENSIÓN EN:

Políticas Públicas, Modelos de Desarrollo,
Cambio Social, Teorías de Mujer y
Género, Feminidades, Masculinidades,
Homosexualidades, Familia, Cultura.

POSTGRADOS:

Maestría en Estudios de Género.
Especialización Proyectos de Desarrollo
con Perspectiva de Género.

**FONDO DE DOCUMENTACIÓN
MUJER Y GÉNERO**

INFORMES:

Centro de Estudios Sociales. Unidad Camilo Torres. Cra. 50 No. 27-70 Bloque B 5-6 Oficinas 613-615
E-mail: genmujde@bacata.usc.unal.edu.co • postgenero@bacata.usc.unal.edu.co
Teléfonos: 316 52 19 - 316 50 00 Extensiones 18619 - 18623 - 18624 - 18625 Telefax: 316 52 38

Fondo de Documentación. Edificio Manuel Ancízar. Oficina 2005
E-mail: fdmujgen@bacata.usc.unal.edu.co
Teléfonos: 316 51 42 - 316 50 00 Extensiones 26008 - 26010 - 26011

